

Objeto de todos tus deseos

Wang Ping¹

(Del libro “la última virgen comunista”, editorial Selva Canela)

¹@selvacanelaeditora

Nació en Shanghái y se mudó a EE. UU. en 1985. Obtuvo su doctorado en NYU, y se mudó a St. Paul para enseñar poesía en Macalester en 1999. En 2012, fundó Kinship de Ríos, un proyecto internacional que construye relaciones entre las personas que viven a lo largo de los ríos Mississippi, Yangtze, Ganges y Amazonas, mediante el intercambio de regalos de arte, poesía, cuentos, música, danza y comida. Ha remado a lo largo del Yangtze, Mississippi, Amazonas, Ganges, Nilo y otros ríos del mundo, impartiendo talleres de poesía y arte a lo largo las comunidades del río, haciendo miles de banderas como obsequios y embajadores de paz. Publicó 13 libros de poesía, cuentos, novelas, estudios culturales, y traducciones. La última Virgen Comunista (publicado en Argentina por Selva Canela) ganó el Premio del Libro de Minnesota en 2008 y el premio de Estudios Asiáticos Americanos. Tuvo muchas exposiciones individuales multimedia. Colaboró con Gary Snyder para una serie de entrevistas sobre Beat, Zen, Deep Ecología y otros. Colaboró con músicos y artistas, incluido el cineasta británico Isaac Julien, en una instalación cinematográfica sobre la inmigración ilegal china en Londres, y el compositor y músico Bruce Bolon, Alex Wand (ganador del premio Grammy), GaoHong, etc. Ha recibido diferentes becas por sus trabajos. Recibió su Distinct Immigrant Award en 2014, y el premio “Poeta de honor internacional” en 2015 en Venezuela. Es Profesora de Poesía Emérita en el Macalester College.

Vine aquí a perder, pero la rueda no me lo permite. Vuelvo a apilar todas mis fichas en el número tres. La gente murmura. ¿Cuántas posibilidades hay de que una persona gane ocho veces seguidas?

¡Tontos! ¿No saben que las ruedas no tienen memoria, que las matemáticas y la suerte nunca van juntas? Con la ruleta, cada vuelta es una nueva vuelta. La probabilidad es tan caprichosa como la vida. ¡Y el tres ni siquiera es mi número de la suerte!

Te burlarías de mí, Mei. Supersticioso, dirías, pero ¿cómo no pensar en el número tres? El tres de marzo me abandonaste con nuestro hijo de tres años. Hace tres años, te inscribiste en Queens College para estudiar inglés e informática. Las cosas comenzaron a ir barranca abajo.

Tonterías, dirías. No tiene nada que ver con la facultad. Pero sí tiene que ver. ¿De qué otra manera se puede explicar tu cambio de actitud? Yo sigo siendo el mismo Tigre Fang que amabas hace diecisiete años. Tu madre amenazó con repudiarte por salir con un guardia, un provinciano. Tu padre nos apuntó con el arma cuando me atrapó en tu habitación, pero nada pudo impedir que me amaras. Dejaste tu mansión sin mirar atrás y tomaste el tren conmigo hasta el río Perla. Desde la orilla, mirábamos Hong Kong, que estaba del otro lado, más allá de la niebla. Si cruzábamos nadando, seríamos libres. Habrían sido tan solo cuatro horas. Sacudiste la cabeza. Dijiste que te hundías como una roca en el agua. Yo sabía que no podías soportar abatir más a tu familia. Una vez que cruzaras, serías enemiga de China. Incluso si tu padre te denunciara, su carrera militar habría terminado. En la ciudad de la frontera, deslizaste un reloj suizo en la manga del funcionario del registro civil y lograste el sello en nuestro certificado de matrimonio. Guardaste el papel rojo en una bolsa de plástico y lo metiste en mi bolsillo, junto con sesenta dólares estadounidenses. Cómo obtuviste el dinero sigue siendo un misterio para mí. “Si lo logras, Tigre”, llorabas abrazada a mi cuello, “si volvemos a encontrarnos, nunca nos separaremos, vivos o muertos”.

Diecisiete años después, estabas acostada, en silencio, de tu lado de la cama, en nuestra casa de Chinatown. Era tal tu silencio que ni siquiera se te escuchaba respirar.

—¿Te acuerdas, Mei? —te pregunté en la oscuridad—, ¿te acuerdas?

—Era joven, una tonta de dieciséis años —murmuramos por fin. No te creo. ¿Cómo puedes haberte olvidado? Las cicatrices están ahí, en tu vientre, en tu pecho, en tus extremidades... Esas cicatrices que te hiciste por toda la piel para mantenerte en tu corazón. Esperaste doce años, aunque no se te podía ubicar por correo o por teléfono desde Hong Kong. Tu familia te obligó a seguir con tu vida.

“Tigre Fang murió hace mucho tiempo”, anunció tu padre. “Se casó con otra mujer y tiene hijos”, dijo tu madre. Te trajeron un batallón de solteros con grandes perspectivas para el futuro, pero fingiste estar loca y te internaste en un hospital psiquiátrico.

¡No puedes haber olvidado el día en que nos encontramos en JFK! Las lágrimas que derramamos sin ningún pudor, la alegría por nuestro primer apartamento en la calle Bayard, nuestro primer automóvil, mi tienda en Broadway, tu tarjeta verde...

¿Recuerdas cuando nació Jia?

Tus oídos se cerraban tan pronto comenzaba a contarte cuando casi me ahogo en el río Perla o cuando casi muero de hambre en las calles de Hong Kong, cansadísimo por trabajar dieciséis horas, todos los días, los siete días de la semana, en restaurantes y tiendas de antigüedades hasta que logré ahorrar lo suficiente para viajar a Nueva York. Inútil fue contarte que dejé la vida para conseguir la tarjeta verde como refugiado político para que pudieras venir legalmente, como mi esposa.

—Lo siento, ya no hablo chino.

Fue todo lo que logré que dijeras luego de haber abierto mi corazón.

La rueda tiembla y se detiene en el tres. La crupier levanta las fichas de los perdedores y las apila junto a mis apuestas. Treinta y cinco a uno. ¿Cuánto gané? ¿Es que acaso me importa? Silencio sepulcral alrededor de la mesa. Todos me desean la muerte. Yo también me deseo la muerte. Vine para olvidar, pero todo lo que hay en esta sala —su nombre chino, los clientes chinos, los

gerentes chinos y el maldito restaurante Ping's Noodle que está en la esquina— agita los recuerdos. Incluso la crupier pareciera ser tu melliza. ¡Sus ojos almendrados también brillan como brasas!

Tus ojos como brasas, Mei, me hacían derretir cada vez que parpadeabas. Ahora escupen odio y hambre. ¿Cómo llegamos a eso? ¿Por qué empezaste a hablar inglés en casa? Primero con nuestro hijo, luego conmigo, incluso cuando me reía, me burlaba y te rogaba que te detuvieras. Puedo seguirte la corriente con todos tus caprichos, pero no con este, no en casa. Después de doce horas de hacer contorsiones con la lengua para complacer a los turistas en la tienda, necesito sentirme como una persona nuevamente. ¿Es mucho pedir? ¿No seguimos siendo chinos?

—Ahora somos neoyorquinos —dijiste—. Hablemos como neoyorquinos, nuestro primer paso hacia el éxito. Mira a tu alrededor, Tigre. ¿Alguno de tus amigos vive en este gueto? ¡No! No digo que debamos vivir en el SoHo como el maestro Yao y sus amigos artistas. ¡Hasta Yingying y Conejo Song viven en otro lugar, aunque apenas pueden permitirse una comida en un restaurante barato!

Yo también soy exitoso, como todos los demás, casi grité. Construí mi tienda de antigüedades desde cero en el corazón de Chinatown. ¿Sabes que cada centímetro cuadrado de tierra en este lugar vale más que el oro? ¿Sabes que nuestro apartamento en la calle Bayard vale tanto como un *loft* en el SoHo? ¿Sabes que el maestro Yao pasaba más tiempo en mi pequeña tienda en Broadway que en su propio gran estudio? Tu sonrisa de superioridad me helaba la sangre. ¿Desde cuándo habías adoptado esa mirada de persona blanca? Ojalá pudiera arrancarte ese gesto de la cara, de una vez por todas.

—Deja a esa perra —dicen mis amigos—. Te trae mala suerte. Solo tienes desgracias desde que la conociste. Ni siquiera es bonita: la mandíbula es demasiado cuadrada, los pómulos demasiado altos... todos signos de una asesina. Todavía eres joven. Tienes solo treinta y cinco años. Con tu físico y tu dinero, puedes elegir a las chicas más hermosas de Chinatown o de Flushing.

Es cierto que las mujeres acuden a mi cama en manada. Solteras, divorciadas, casadas con maridos que viven en el continente, todas hermosas y jóvenes, ansiosas por complacer. Gritan y se retuercen en mi cama. Me dicen que soy un verdadero tigre y me hacen sentir como un hombre, pero tan pronto como se van, me siento asqueado. No sé qué buscan, si mi dinero o mi pasaporte estadounidense.

Probablemente ambas cosas.

Ah... Vuelve a girar la ruleta. Mis compañeros de mesa mueven sus apuestas mientras la bola salta y da vueltas sobre las ranuras. Algunos aprietan las fichas entre los dedos, esperando a que yo haga un movimiento. Cuento treinta y cinco fichas, y las coloqué cuidadosamente en el treinta y tres.

Ayer fue tu cumpleaños. Preparé seis platos, tres vegetarianos y tres de mariscos, tus favoritos, y un pastel de chocolate para nuestro hijo Jia. Pensé que el pequeño banquete te alegraría. A menudo te deprimas el día de tu cumpleaños. Marqué el número de teléfono de tu departamento en Sunset Park. Todavía alucino cada vez que pienso en que alquilaste esa habitación minúscula a mis espaldas cuando todavía vivíamos juntos. Puedes decir lo que quieras, pero no creo que una persona normal pueda encontrar la felicidad en un agujero de ratas. Durante mucho tiempo, no quisiste darme tu número de teléfono ni tu dirección. “Necesito estar sola por un tiempo para despejar la mente”, dijiste. ¿Despejar la mente? ¡No jodas! ¿No comprendes que no puedes vivir sin mí? ¿No sabes acaso que no es tan difícil averiguar dónde vive una persona? Sigues siendo muy ingenua, después de todos estos años.

Mientras el teléfono sonaba, mi conciencia estaba tranquila. Era tu cumpleaños, por el amor de Dios. Estaba invitando a mi esposa a su cena de cumpleaños. Quería oírte reír, decirte que treinta y tres era un número auspicioso, como amantes abrazados, el símbolo de la “doble felicidad” en la puerta de los recién casados. El teléfono sonó y sonó. Finalmente atendiste, pero se te escuchaba nerviosa, ansiosa por colgar. Entonces lo escuché a él, leyéndole un cuento a mi hijo detrás de una puerta cerrada. Era una voz profunda, apagada, que no necesitaba gritar para reclamar autoridad. La voz de un hombre blanco.

—Vuelve a casa, Mei. ¡Ahora! —grité.

Esperaste hasta que me agoté, luego dijiste:

—Tigre, lo único que quiero es una vida normal. Quiero que Jia crezca bien, no como un matón.

Colgaste y desconectaste el teléfono.

Tiré la cena en el tacho de basura.

¡Crees que soy un *tong*, maldita! Pero ¿cómo culparte? Todas esas películas y esos programas de televisión que ves, los rumores detrás de las puertas, las balas por las calles oscuras... Sí, hay *tongs* por todas partes, pero eso es solo la mitad de la verdad. Nunca me diste la oportunidad de contar *mi* historia.

El día que inauguré la tienda, se metieron por la puerta como fantasmas. A través de sus gafas de sol, me miraban sin decir una sola palabra. Yo sabía qué querían, pero en lugar de darles el sobre con dinero en efectivo, grité:

—Bienvenidos a mi tienda. Por favor, sírvanse dulces y maníes. Ellos no podían creer lo que oían. Deberías haberlos visto... Se quedaron con las bocas abiertas como peces muertos. Al día siguiente volvieron y rompieron algunos platos y jarrones. Eligieron los más grandes y brillantes, sin saber que todo lo que estaba expuesto eran imitaciones. La mercadería auténtica estaba guardada en la caja fuerte. Abrí la caja registradora.

—Miren, está vacía. Todavía no he ganado ni un centavo. Si vienen a merodear a mi tienda todos los días, ¿cómo voy a conseguir clientes? Si no puedo hacer negocios, ¿cómo puedo ganar dinero para pagarles?

Me miraron como si yo estuviera loco. Estoy seguro de que nadie les había hablado así antes. A los dos días, vinieron y pusieron una caja negra pequeña sobre el mostrador. La abrí. Era una oreja, seca y arrugada como una hoja de otoño. La miré, miré a los dos jóvenes matones, que desconocían el sabor de la carne dura.

—OK —dije—. Digan a su jefe que me vea esta noche, a las nueve en punto, en la sala trasera de Seafood Palace, en la calle Center. Saqué el revólver que

usaba para la ruleta rusa. Fue lo primero que compré después de jurar ante el Tío Sam. Había necesitado seis años y cuarenta mil dólares para convertirme en un extranjero en esta ciudad de blancos. Un regalo perfecto para celebrar. Había jugado con ella en Pekín y en Hong Kong. Al principio, no porque lo hubiera elegido, sino que fue mi única manera de repeler a los soldados y a los matones. La única forma de mostrarles que yo también podía jugar, y jugar duro, a pesar de mi piel pálida y de mi cara afeminada. Soy bueno. Soy muy bueno. Sé cuándo parar. La estaría usando por primera vez en suelo americano. Ojalá por última vez.

Llegué a las ocho y media, pedí una cena de dieciocho platos, serví dos vasos de licor de grano blanco y esperé. Llegó el jefe, un ti pito escuálido que venía custodiado por sus siete hermanos. Me puse de pie, le mostré mi vaso lleno, lo tomé hasta el fondo y luego empujé un vaso hacia él. Me miró con incredulidad. Sus guardaespaldas se levantaron las camisas para mostrarme los cuchillos que colgaban de sus cinturones. Me reí, saqué mi revólver, metí una bala, giré el tambor y me lo puse contra la sien. Apreté el gatillo. Todos se quedaron pálidos.

Apoyé la belleza azul junto a su vaso, que seguía intacto. Él se quedó mirándome como un zombi.

Deslicé un sobre rojo hacia el langostino escuálido. El sobre estaba abultado por los cincuenta billetes de veinte dólares que había adentro.

—Lo creas o no, ustedes son los primeros en entrar en mi tienda. De acuerdo con la costumbre de mi oficio, reciben un regalo mío, como augurio de buena suerte. Mañana recibiré a mis clientes habituales. Uno de ellos es el jefe de la estación de policía que está en la calle Elizabeth. Le dicen Halcón. Seguro lo conoces bien. Lo que seguro no sabes es que es un fanático coleccionista de antigüedades.

Si conocieras su casa, verías la colección que tiene. Tal vez deberías pasar por mi tienda también, charlar con él. Cuando lo conoces, descubres que no es tan feroz como parece.

Si hubieras visto la forma en que se fueron corriendo, Mei, comprenderías que jamás iban a volver a asomar sus gordas caras por mi tienda. Me quedé sentado, solo. Comí la cena de dieciocho platos y bebí toda la botella. No hay que desperdiciar comida. Jamás.

Ojalá pudieras creerme que mis negocios en Chinatown son honestos.

La rueda se está desacelerando. La crupier me mira, se aclara la garganta. Parece esperar a que yo cambie de opinión antes de decir: —No va más.

Treinta y tres es solo una columna. Paga solo dos a uno, mucho menos emocionante que las apuestas directas o divididas, pero ¿qué me importa? Por empezar, no vine aquí para ganar. Además, una vez que lo decido, me mantengo firme. Soy testarudo como tú. Somos almas gemelas. La primera noche luego de reunirnos no me permitiste dejar la luz encendida. Pensé que era simple timidez. Cuando enterré mi cara entre tus pechos, sentí las cicatrices. Encendí la luz. Tu torso estaba cubierto por quemaduras de cigarrillo, algunas perfectamente redondas, algunas con bordes perforados como vainas de amapola. —¿Quién te hizo eso? —grité horrorizado—. Dime quiénes fueron. Juro que los encontraré, uno por uno.

—Shh —me hiciste callar cerrándome los labios con tus delgados dedos—. Lo hice yo, tan solo para demostrar que estaba loca, una verdadera *huachi* que había perdido la cabeza por amor y que jamás sería apta para el matrimonio.

Lloré sobre tu vientre. ¿Cómo podría retribuir un amor así en esta vida?

—Tigre, Tigre, mírame.

Me tomaste la cara con ternura y me arrullaste como una paloma en el oído.

—No fue doloroso, en absoluto, no comparado con el dolor de extrañarte, sin saber dónde estabas, cómo estabas. Sabía que estabas vivo, a pesar de lo que me decían. Sabía que estabas vivo porque yo todavía estaba resistiendo. Tigre, mi amor, mi amante, mírame, mira mi vientre. ¿Qué ves? Es tu cara, tu perfil, si unes los puntos. Aquí están la frente, la nariz, los labios y la barbilla. Aquí, aquí, siéntelos.

Tomaste mi dedo para que siguiera el trazo de las cicatrices que formaban una constelación.

Y recordé cuando te conocí, fuera de la mansión de tu padre. Estaba leyendo en los escalones del frente, la brisa soplaba el cabello rizado de tu nuca para un lado y para el otro, como las olas de una cosecha dorada. Me sentí mareado, ingrátido, una boya en el espacio. Desde ese día, floto en tu universo.

Pero todo desapareció cuando explotaste sin previo aviso. No, no es cierto. Hubo señales. Primero el cambio de Mei a May, luego que abandonaras el chino, tu odio por Chinatown y las constantes quejas de que yo era un *gangster*. No debería haberme reído o debería haber prestado más atención.

Hice todo lo que pude por limpiar mi nombre, pero solo gritaste, con desesperación en los ojos:

—¿Entonces cómo pudiste sobrevivir en esta ciudad? Esos malditos turistas me miran como si yo fuera una puta. Hasta tienen el descaro de preguntar por qué no uso el vestido sexy con tajos en los muslos.

—Está bien —dije finalmente—. Dame un año para vender todo y cerrar la tienda. Nos mudaremos a donde quieras, SoHo, Flushing, Brooklyn, White Plains, incluso Nueva Jersey.

Pensé que saltarías de alegría.

—No importa dónde vivas —gritaste—. Eres Chinatown. ¡Maldita!

Pero tienes razón. Soy Chinatown. Vivo allí, compro y vendo cosas robadas de tumbas que tienen cientos, miles de años de antigüedad. Llevo el típico sombrero chino y la bata de seda, como los chinos de las películas, para divertir a los turistas. Incluso huelo a Chinatown: el hedor del pescado, el ajo y la salsa de soja. ¿Es un delito? Hago lo que sea necesario para mantener a mi familia. ¿Y tú lo agradeces? Jia ni siquiera saludaba cuando llegaba a casa de la escuela. Conversaba solo contigo, en inglés. El otro día le dije que hablara chino como un buen hijo, como un ser humano. ¿Adivina qué dijo después de hacer una cara horrible?

—¿Puedes hablar como un adulto?

Lo castigué por primera vez en la vida. Solo tiene cinco años, pero ya actúa como un pequeño demonio. ¿Cómo será cuando cumplas quince, veinticinco años? Podría estrangularlo ahora mismo, para ahorrar problemas futuros.

Supongo que eso te empujó al límite.

Bien. Vivimos en Estados Unidos. Pegarle a un niño no está de moda. Hablo chinglish. Mi ropa huele a arroz y a tumbas viejas. A pesar de todo eso, ¿es necesario que metas un diablo blanco en tu cama y que hagas que mi hijo lo llame “papá”?

Saqué el arma. El metal frío calmó mi sien palpitante. Se detiene la bola. Gané de nuevo. Dos a uno. No es gran cosa, pero el mensaje es claro. No estoy acabado, no todavía.

Me cansa que me excluyan. Quiero estar en el juego antes de que sea demasiado tarde, dijiste.

Traducción: estás aburrida de ser la esposa de un comerciante de Chinatown. Quieres que te mime algún hombre blanco. ¿Con tus ojos chinos y tu piel amarilla? ¿Con ese acento en tu inglés que jamás desaparecerá? ¿Con tu trabajo en ese escritorio de recepcionista en el edificio Seagram y tu departamento en Brooklyn, de un solo cuarto y lleno de ratas? Olvidas que esto es Estados Unidos, no Pekín. Que seas o no la hija de un general no cambia nada. A los hombres blancos no les importa una mierda tu pasado. Yo también quiero ser parte. ¿Por qué crees que nadé toda la noche para cruzar el río? ¿Por qué corté mis lazos con China y pedí la ciudadanía como refugiado? ¿Sabes cómo me sentía cuando estaba en el puerto de Hong Kong mirando la sombra del continente que asomaba a través de la niebla? Hace dieciséis años que no regreso a casa. Dieciséis años. Quiero ver a mi madre una vez más antes de que ella parta. Está ciega, lista para unirse a su esposo, el padre que nunca conocí. Su ataúd está listo y barnizado, con su nombre cincelado en la piedra, pero ella no puede partir sin mí, su único hijo, junto a su cama, para que guíe su alma al cielo con mi llanto. —¿A qué le temes? —me pregunta mamá siempre que la llamó—.

Ahora eres un extranjero, un extranjero rico. Nadie puede tocarte. —Sí, no hay nada que temer.

Tú me dices lo mismo, cuando ves mi rostro demacrado. Sabes que siento nostalgia.

—Ahora que tienes pasaporte americano, el viejo no se atreverá a hacerte daño.

Me río. ¿Qué sabes tú de la otra cara de tu padre? Él puede brindar con sus enemigos en un banquete y hacer que los eliminen antes de que tengan tiempo de eructar. Se puso tan furioso cuando descubrió que me casé con su única hija que de inmediato me puso en la lista de los principales sospechosos de espionaje. No le va a importar una mierda que yo sea un “extranjero” con pasaporte americano. Tan pronto como mi nombre aparezca en la pantalla de la computadora en la aduana, hará que me arrastren a su celda. Mi única esperanza es esperar hasta que se jubile o hasta que se muera.

¿No es un final tan malo, ¿verdad? Al menos me trata como si todavía fuera chino, no como un “diablo extranjero”. Incluso mi propia madre me llama “extranjero”. Como es mi madre, no dice la palabra *diablo*, pero yo puedo escucharla en el silencio incómodo, la forma en que se muerde la lengua para evitar que se le escape de la boca. Diablo extranjero, fantasma extranjero. Una vez que cruzas ese puente, una vez que le das la espalda a tu madre, te conviertes en un fantasma, un fantasma sin tumba, sin país.

—Qué tontería —dijiste cuando traté de contarte mis pensamientos mórbidos, con tu voz fuerte y estridente como si estuvieras tratando de ahuyentar a los fantasmas—. Estados Unidos es tu hogar ahora. Ahora eres parte de este lugar. Todos lo somos, vivos o muertos.

Por sobre tu hombro miré el jarrón antiguo que estaba en la mesita de luz. Captaba la escena de una doncella esbelta que perseguía una mariposa en el jardín y de un joven que la observaba desde la pared, con los ojos llenos de lujuria. Es el tipo de jarrón que se habría vendido rápidamente, si no hubiera sido por la rajadura que tenía abajo. Así que le hice un agujero y lo convertí en

lámpara. Los turistas adoran las antigüedades chinas. Americanos. Europeos. Vienen a mi tienda.

—Estoy buscando un jarrón o un plato con caras chinas como la tuya y la de ella. —Me señalan con sus dedos gordos y peludos. A mí y a mi joven asistente de Shanghái. Cuando consiguen lo que quieren, me dan palmaditas en el hombro.

—“*Hsie hsie, China Fang*”. —Ese agradecimiento chino pronunciado en inglés suena como *shit shit*, es decir: mierda mierda. Los miro a los ojos: azules, avellanas, marrones, grises. ¿Alguna vez me mirarán y se dirán que quizás también soy americano, como ellos? ¿Sabes, Mei, que tú misma eres una Chinatown andante? Claro que no importa porque nada te detiene. Eres la soñadora obstinada.

En algún lugar lejano, las máquinas tragamonedas cantan con muchas voces: una campana de Navidad, una alarma, una canción de combate. Me recuerdan esas noches de insomnio en Pekín, bajo mi acolchado de algodón, con la oreja pegada a la vieja radio de plástico para captar el sonido estático de la Voz de América. Miro a la crupier. No lloro. No debo llorar.

Ella también me mira y sonrío. Hace girar la rueda.

Juguemos entonces, Mei. Tú juega desde tu agujero de ratas en Sunset Park; yo, desde esta sala del casino chino en Atlantic City. *Ruyilou*: objeto de todos tus deseos. ¿Ves cómo apilo todo en el uno rojo? La pila se eleva, alta. Tiembla. Es un hachazo en medio del vientre del juego.